Motivaciones y destinatarios del *Libro de la vida* de Santa Teresa de Jesús

Magdalena Velasco Kindelán

Pretendo con esta exposición poner de manifiesto la profunda coherencia que se advierte, en una lectura atenta del *Libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús*, entre las motivaciones que le llevan a escribirlo y los destinatarios intratextuales del mismo.

El *Libro de la Vida*, cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca del Monasterio del Escorial, es una autobiografía incompleta, escrita desde la altura de los 47 años de su protagonista, en 1562. Aún vivirá 17 años más, en los que realizará sus fundaciones, viajando por Castilla y Andalucía. Pero también se trata de una biografía incompleta porque Teresa cuenta tan sólo algunas cosas de su vida, con un criterio de selección muy estricto, criterio que tiene también mucho que ver con el título de mi intervención. Es evidente que se trata de una autobiografía espiritual, en la que se da más importancia a lo psicológico que a los acontecimientos externos. Teresa dedica trece capítulos de su obra a hablar de su oración porque en ella radica su verdadera aventura espiritual. Ella ha recorrido espacios del espíritu, ha vivido realidades interiores. Lo externo se convierte en secundario ante sus ojos.

Si reflexionamos acerca de los motivos que suelen llevar a algunas personas a escribir su autobiografía o sus memorias -me refiero a obras serias, no a esas fruto del simple oportunismo económico-, veremos que pueden resumirse en el deseo de justificar la propia trayectoria vital. Suele tratarse de personas que están próximas a cerrar el arco de sus vidas, y quieren exponer sus anhelos e intenciones al juicio de los demás, o incluso, desafiando ese juicio, apelar al de la historia o al de Dios.

La autobiografía de Teresa de Jesús es diferente. Ella aún no está en el declinar de su vida; tiene menos de 50 años, y le queda mucho, y quizás lo más importante, por realizar. Bien es cierto que desde un punto de vista subjetivo, al terminar el *Libro de la Vida*, Teresa disfrutaba de un período de cierta tranquilidad externa en el Convento de San José de Ávila, y pensaba que su «vida pública» había terminado.

Por otra parte no parece tener gran interés en justificarse ante los demás. Repite que no le importa el juicio de los hombres, que quiere vivir oculta, olvidada de todos, ocupándose sólo de Dios y de las almas. Afirma que «trae el mundo bajo los pies», y nada de él le interesa; no aspira al poder, el dinero o la honra. No quiere ganar fama como escritora.

Después de estas consideraciones negativas la pregunta que surge es: ¿por qué, pues, escribe? ¿Cuáles son las razones poderosas que mueven a Teresa a afilar la punta de su pluma de ave, a mojarla en tinta terrosa y a deslizarla veloz por el papel barato, pulcramente cosido en cuadernillos por sus hermanas? ¿Qué motivaciones le impulsan

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes

a escribir a deshora, robando tiempo al descanso, «casi hurtando el tiempo y con pena, pues me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones» (Cap. X)?

De una reflexión atenta podemos deducir una triple respuesta a esta pregunta. Teresa escribe por tres razones poderosas: la primera, para dar gloria a Dios y dar a conocer «sus misericordias»; después, por obedecer a Dios y a quienes lo representan, que le mandan taxativamente que escriba; por ultimo, para hacer bien a otras almas y evitarles los sufrimientos de la soledad espiritual que ella ha sufrido.

A estos tres motivos se corresponden los tres destinatarios del texto. Los confesores, en primer lugar, que serán el filtro por el que su obra llegará a esas otras personas: sus hermanas religiosas, y un pequeño círculo de almas selectas. Y de forma eminente, Dios, al que continuamente se dirige Teresa, fundiendo así la rememoración del pasado con la oración presente, en una extraordinaria manifestación de reviviscencia.

Así pues, dar gloria a Dios, obedecer a sus confesores y hacer bien a otras almas cercanas, forman unas triples parejas motivación-destinatario que dan al *Libro de la Vida* una profunda originalidad de raíz sin duda agustiniana.

Teresa fue, como sabemos, escritora por obediencia. Sus confesores le instan a poner por escrito «el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho» (Prólogo). No le permiten, sin embargo, hablar de sus «grandes pecados y ruin vida» (*ibid.*). Teresa se dispone a obedecer, y nos revela que no son sólo los sacerdotes quienes le apremian, sino que «aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido» (*ibid.*). Conviene recordar que en la ascética católica, la obediencia a una orden expresa de los superiores proporciona la seguridad de estar cumpliendo la voluntad de Dios, con una firmeza de la que carece una simple moción interior no contrastada por la obediencia.

Cuando siente la dificultad de seguir adelante se acuerda del mandato recibido: «De mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor...; mas por obedecer a el Señor que me lo ha mandado y a vuestras mercedes, diré algunas cosas para gloria suya.» (Cap. XXXVII)

A veces no puede contenerse en los límites marcados, y considerando su ingratitud hacia Dios, no le importa que la riña el letrado: «Creo no añido muchas en decir otras mil, aunque me riña quien mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados van; por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios...» (Cap.V)

Otras veces se autolimita para no sobrepasar los límites del mandato, evitando los temas marginales: «De buena gana me alargaba en decir muy por menudo las mercedes que me ha hecho este glorioso santo, a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiere». (Cap. VI)

A lo largo de la redacción del Libro se hacen presentes nuevas solicitudes por parte del confesor: «Como vuestra merced me tornó a enviar a mandar que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada...» (Cap. XXX) Incluso se deja abierta la posibilidad de incluir cosas nuevas si así se lo indicaran: «Si después le pareciere a vuestra merced, pues las sabe, se podrán poner, para gloria del Señor». (Cap. XXXV)

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes

Es la obediencia la que le lleva a vencer las dificultades prácticas que encuentra para llevar a cabo su obra. Teresa es sincera cuando pondera lo costoso que le resulta dedicarse a su libro, en especial por falta de tiempo. Un texto: «Heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida, aunque no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester para escrivirla, sino puniendo lo que ha pasado por mí con toda la llaneza y verdad que yo he podido.» (Cap. XL)

Con frecuencia, al reiniciar su trabajo, se ha olvidado de lo que escribió y no tiene tiempo para releerlo: «Es en tantas veces que he escrito estas tres hojas y en tantos días -porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar-, que se me havía olvidado lo que comencé a decir...» (Cap. XXXIX)

Al no tener motivaciones artísticas o de justificación personal para escribir, Teresa de Jesús se muestra enormemente desprendida respecto a la obra que está componiendo. No sólo permite al confesor que quite, añada o cambie lo que le parezca, sino que incluso está dispuesta a aceptar la destrucción del manuscrito: «No sé si digo desatinos; si lo son, vuestra merced los rompa, y si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza con añidir aquí mucho...» (Cap.VII)

Teresa escribe con tranquila libertad de espíritu, porque confía en que, si algo no va bien «romperálo a quien lo envío» (Cap. X). Cuando su sinceridad le lleva a decir lo que piensa con total franqueza, su prudencia reacciona, y confía al destinatario su inquietud: «Rompa vuestra merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme, que he estado muy atrevida». (Cap. XVI)

En ocasiones, sin embargo, Teresa pide al destinatario que, aunque destruya el resto, guarde cuidadosamente una parte. Concretamente, le suplica que conserve lo referido a la fundación del Convento de San José: «Y ansí pido a vuestra merced por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca a este monesterio vuestra merced lo guarde, y, muerta yo, lo dé a las hermanas que aquí estuvieren.» (Cap. XXXVI)

Por fortuna, el buen juicio de aquellos consejeros salvó de la desaparición aquellos preciosos manuscritos. Pero con su actitud, Santa Teresa confirma las altas motivaciones que le animan a escribir. Como ya hemos dicho, nunca quiso simplemente hacer literatura, sino dar gloria a Dios y hacer bien a otras personas, además de contrastar su vida con la doctrina de los letrados. Con estas palabras termina el *Libro de la Vida*:

> De esta manera vivo ahora, señor y padre mío... Plega a su Majestad que esto que va aquí escrito haga a vuestra merced algún provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo; mas dichoso sería el trabajo si he acertado a decir algo que una sola vez se alabe por ello al Señor, que con esto me daría por pagada, aunque vuestra merced luego lo queme. (Cap. XL)

Parece que fue el Padre García de Toledo el destinatario inmediato de este manuscrito. Se trataba de un religioso dominico, de noble familia, piadoso, inteligente y buen letrado, que había conocido a Teresa de Jesús en Ávila. Estando Teresa en Toledo en

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes

casa de Doña Luisa de la Cerda, a principios de 1562, se confesó de nuevo con el joven dominico, el cual, admirado al oírla, le dio la orden terminante que necesitaba para ponerse a escribir. Junto a él, apoyándole por carta, estaba el Padre Pedro Ibáñez.

De esta manera, todo el Libro de la Vida tiene como destinatario intratextual al Padre García de Toledo, al que Teresa se dirige con respeto, como a sacerdote y letrado, pero también con confianza maternal, dándole, con gran delicadeza consejos espirituales. «¡Oh hijo mío» -le dice- «sea sólo para vos algunas cosas de las que viere vuestra merced salgo de términos...» (Cap. XVI) O también: «Mas, ¡qué hablar he hecho para despertar a vuestra merced a no estimar en nada cosa de esta vida! ¡como si no lo supiese, u no estuviera ya determinado a dejarlo todo y puéstolo por obra! (Cap. XXII)

A veces, de una manera franca, se manifiesta como madre y maestra del joven religioso: «Ansí que vuestra merced, hasta que halle quien tenga más espiriencia que yo y lo sepa mijor, estése en esto». (Cap. XXII)

Es bien sabido que el gran deseo de Teresa al escribir su «modo de oración» era el de contrastarlo con la doctrina de los letrados y teólogos. Por eso pide con frecuencia al Padre García que trate esos escritos con personas espirituales que puedan asegurar la rectitud de su camino.

Antes de escribir este libro, el primero de todos los suyos, Teresa había realizado ya algunos apuntes autobiográficos, que debieron servirle como primeros materiales para su elaboración; se trataba de algunas cuentas de conciencia, es decir, descripciones detalladas del estado de su alma y de su trato con Dios, encaminadas a hacerse comprender mejor por quienes tenían la misión de orientarla espiritualmente.

Como ya dijimos, la primera versión del *Libro de la Vida* debió ser redactada en Toledo, en los seis meses que pasó allí Teresa de Jesús en el año 1562. Antes de regresar a la ciudad de Ávila, en el mes de Junio de ese mismo año, debió enviar al Padre García la primera redacción. Sin embargo, ese manuscrito se ha perdido. El que conservamos es una copia posterior, que contiene nuevos detalles y la fundación del primer convento reformado, el de San José de Ávila, así como la narración de varias mercedes que Dios le había hecho. La nueva redacción fue hecha en el propio convento de San José, y terminada probablemente en 1565.

El motivo de esta segunda redacción fue el siguiente: Teresa, siempre deseosa de consultar con letrados y buenos teólogos, acudió al Inquisidor Don Francisco de Soto y Salazar, pidiéndole su parecer acerca de las gracias extraordinarias que recibía de Dios. El Inquisidor dijo no ser él la persona indicada para dar tal juicio, y la remitió al Maestro Juan de Ávila, santo y famoso sacerdote. Fue esta la ocasión del manuscrito tan pulcro que podemos ver en El Escorial. Así lo afirma la propia Teresa, hablando en tercera persona: «Y ella lo hizo así, y escrivió sus pecados y su vida. Él la escrivió y consoló, asegurándola mucho.» (Cuenta de conciencia 53ª)

Acompañaba al manuscrito una carta dirigida al intermediario portador del Libro, en la cual dice:

> Suplico a vuestra merced lo enmiende y mande trasladar -si se ha de llevar al Padre Maestro Ávila-, porque podría ser conocer al-

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes

> guien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir, porque como a él le parezca voy por buen camino quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mí. En todo haga vuestra merced como le pareciere, y ve está obligado a quien así le fía su alma. (Carta epílogo al *Libro de la Vida*).

Aunque el destinatario directo del *Libro de la Vida* sea el Padre García y otros teólogos, se ve claro que Teresa piensa en un grupo más amplio de personas, siempre a través del primer destinatario, que será el que decida acerca de la conveniencia de su difusión. Entre estas personas están, sin duda, las religiosas que pudiesen venir al pequeño monasterio de San José, especialmente por lo que se refiere a la narración detallada de la fundación del mismo.

Pero Teresa piensa también en un círculo pequeño de personas piadosas, que emprenden como ella en solitario el camino de la perfección cristiana. Ella sabe por experiencia lo difícil que es andar sin maestro por los caminos del espíritu: «Una de las cosas porque me animé, siendo la que soy, a obedecer en escribir esto y a dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor..., ha sido ésta (consolar a otras almas)». (Cap. XIX) Y en otra ocasión dice: «Escrívolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen ni dejen de confiar...» (Cap. XIX)

Aunque no lo diga de forma expresa, se encuentra este círculo -aún pequeño- de destinatarios presente en la mente de la autora cuando escribe: «Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla...» (Cap. XXXI) O también «No sé...como podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer...» (Cap. XXXI) Y más: «Una cosa quiero avisar aquí, porque si alguno la tuviere...» (Cap. XL)

El no haber encontrado maestros es queja que se escapa con frecuencia de la pluma de Teresa: muchos sufrimientos se hubiera ahorrado de haber tenido un firme guía en los comienzos de su vida espiritual. «Porque yo no hallé maestro..., aunque le busqué, en veinte años después de esto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás.» (Cap. IV)

Este sufrimiento de la soledad interior es sentido como uno de los más grandes de su vida: «Digo esto para que se entienda el gran trabajo que es no haver quien tenga espiriencia en este camino espiritua..., y con haver yo pasado en la vida grandísimos travajos, es éste de los mayores». (Cap. XXVIII)

También sufrió Teresa por no tener las ideas filosóficas y antropológicas adecuadas para explicar su vida espiritual. Tuvo que hacerlo todo por ella misma, a base de tanteos y aproximaciones, explicando sus experiencias mediante comparaciones, insistiendo y repitiéndose con frecuencia para intentar aclarar su pensamiento: «Siempre tuve esta falta de no me saber dar a entender -como he dicho- sino a costa de muchas palabras». (Cap. XIV)

Pero es indudable que, con muchas o pocas palabras, Teresa tenía una especial capacidad para saberse explicar, poniendo ante los ojos de los demás, con gran sencillez, pasajes del espíritu humano nunca antes explorados. Y ella es bien consciente de

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes

este don: «Porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; otra es saber decirla y dar a entender cómo es.» (Cap. XVII)

Pero volvamos a los destinatarios de su escritura. Dice Víctor de la Concha, a propósito del *Libro de la Vida*: «Quedaría incompleto el esquema de destinatarios condicionantes de la retórica, si en él no incluyéramos a Dios».

En efecto, Dios se va a convertir en el interlocutor principal del *Libro de la Vida*, y, a la postre, en su verdadero protagonista. Es un Dios poderoso, Creador del mundo, al que Teresa llama, como a Rey, «Su Majestad». Pero también un Dios cercano, «Cristo, Jesús mío», al que ama con pasión de enamorada. Así, se produce continuamente en el *Libro de la Vida* un desahogo del alma hacia el Amigo leal al que todo le debe: «Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa.» (Cap. XIX)

Todo el relato de la Vida está entreverado de alabanzas y bendiciones a Dios. Ante el contraste entre la grandeza de Dios y la miseria propia, surge el dolor, y una profunda sensación de impotencia que sólo Dios puede calmar. El alma humilde de Teresa se acoge a esta benignidad divina, y se desborda en deseo de hacer algo por El. La autobiografía narrativa se hace oración contemplativa, desahogo del alma que revive su pasado, actualización de sentimientos narrados, vivos en el alma de la autora. La narración del pasado se funde así con la expresión del presente, manifestando una profunda unidad de vida.

Pero, además, el interlocutor divino se convierte en el elemento esencial de selección de contenidos, cuyo principio es el deseo de destacar la acción ordenadora de Dios en su vida. Los hechos que la autora cuenta, las anécdotas que relata, no tienen como fin el simple gusto por narrar una historia lo más completa posible; su función es la de destacar el divino juego de Dios con su alma, y manifestar las misericordias de Dios.

De aquí procede la profunda paradoja del *Libro de la Vida*, que siendo, como lo es, la autobiografía espiritual de una mujer, tiene como verdadero protagonista la acción de Dios. El nervio rector de toda la obra es mostrar cómo Dios va haciendo de la historia humana, con la colaboración de los hombres, una historia de salvación. Por eso Teresa entiende que la narración de su vida se resume en contar la acción de Dios en ella: las misericordias de Dios. Quiere desaparecer del primer plano narrativo, porque, al reflexionar sobre su vida, aprecia una presencia ordenadora que dirige los acontecimientos hacia un fin previsto de antemano, aunque contando de manera misteriosa con sus actos libres. Por eso Teresa de Jesús no quiere atribuirse un protagonismo que considera que no le corresponde.

Termino ya. Espero haber demostrado mi hipótesis inicial acerca de la interrelación entre motivaciones y destinatarios del *Libro de la Vida*. Permítanme cerrar mi exposición con una reflexión sobre esta extraordinaria obra. Es el resultado, a mi juicio, de la conjunción en una misma persona de tres condiciones de difícil coincidencia: en primer lugar, la santidad, la cercanía de Dios y la íntima experiencia de realidades sobrenaturales y gracias extraordinarias. Después, un enorme poder de introspección

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes

y de discernimiento espiritual para saber interpretar lo que experimenta, lo que siente, lo que le sucede. Y por último, una fabulosa capacidad de expresión, una singular facilidad para poner por escrito con fuerza y vigor plástico los acontecimientos interiores, desde los más elevados a los más sutiles. El resultado es un conjunto literario sorprendente y asombroso, de excepcional interés.

Bibliografía citada:

García de la Concha, V., *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel, 1978.

AISO. Actas V (1999). Magdalena VELASCO KINDELÁN. Motivaciones y destinatarios d...
Centro Virtual Cervantes